

CAPÍTULO XXVI.

EL RENACIMIENTO. INVENCION DE LA IMPRENTA. LAS ARTES Y LAS LETRAS EN ITALIA; BRUNELLESCHI, MAQUIAVELO, ARIOSTO, EL TASO; LAS ESCUELAS ITALIANAS: LEONARDO DE VINCI, RAFAEL, MIGUEL ÁNGEL. — FLANDES Y ALEMANIA, LOS VAN-EYCK. ERASMO, DURER, COPÉRNICO. — FRANCIA: EL CARDENAL DE AMBOISE, EL COLEGIO DE FRANCIA; RABELAIS, RONSARD, MONTAIGNE; LA ESCUELA DE FONTAINEBLEAU, JUAN GOUJÓN, FILIBERTO DELORME.

El descubrimiento de la pólvora ha transformado el arte militar, y la invención de la brújula ha permitido descubrir un nuevo mundo. A esos grandes hechos, que han ejercido tanta influencia sobre la civilización, hay que añadir la invención de la imprenta, que ha multiplicado los medios de cultura y facilitado el desarrollo de las ideas. Como la Italia recogió á los griegos después de la toma de Constantinopla, se halló por ese hecho al frente del movimiento literario y artístico que caracteriza al siglo décimosexto. Ese movimiento ha recibido el nombre de *renacimiento*, porque en efecto hizo revivir la antigüedad griega y romana, demasiado descuidada en los siglos precedentes. Las guerras de Italia transmitieron ese movimiento de dicho país al resto de Europa. Y hé ahí por qué, si bien esas expediciones carecieron de resultados en el orden político, presentaron por lo menos la ventaja de reanimar en Francia los estudios clásicos, preparando el siglo de oro de su literatura, que fué el décimoséptimo, el de Luis XIV.

§ I. — *Invención de la imprenta.*

Invención de la imprenta. — La invención de la imprenta ha contribuído mucho al desarrollo de los estudios, pues ha facilitado la extensión de los medios de instruirse. Débese ese progreso á Juan Gutenberg, de Maguncia, que lo llevó á cabo en 1436. Gutenberg empezó por esculpir en relieve sobre placas de madera letras que, por medio de tinta negra y espesa, se reproducían luego, en número considerable de ejemplares, sobre hojas que se aplicaban sucesivamente sobre ellas. Luego tuvo la idea de reemplazar esas esculturas por tipos separados y movibles que colocó unos junto á otros. Así quedó descubierta la imprenta.

Gutenberg había hecho sus primeros ensayos en

Estrasburgo, donde se hallaba establecido. Habiendo agotado todos sus recursos, volvió á Maguncia y allí se asoció con Juan Fust, hermano de un platero, que le suministró los fondos necesarios. Ambos tuvieron la idea de sustituir los tipos de madera, que se gastaban con demasiada rapidez, por letras de metal. Uno de sus obreros, Schœffer, de Gernsheim, completó el descubrimiento hallando la *fundición* (1442), esto es, la manera de producir por millares las letras que antes precisaba esculpir una á una. La primera obra que salió de sus prensas fué una edición de la *Vulgata* (1450-1455). También publicaron el Salterio en 1457, y desde entonces quedó consumada la mayor de las revoluciones literarias.

El desarrollo de la imprenta fué favorecido por otro descubrimiento, el del *papel de trapo*, que data del siglo trece, pero su empleo no se generalizó hasta el décimocuarto. El documento más antiguo que se posee escrito en papel es una carta de Joinville á San Luis.

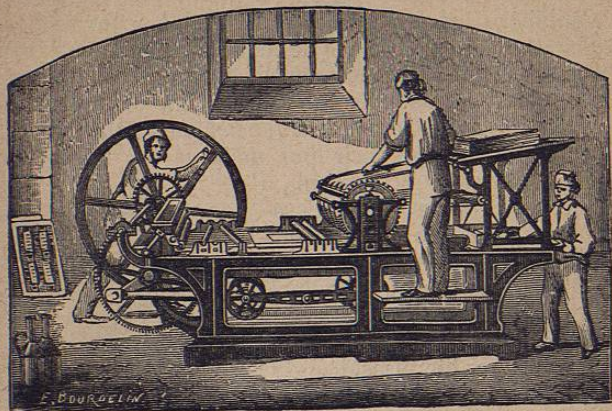
Influencia de ese descubrimiento. — Al multiplicar los libros, la imprenta facilitó la comunicación de las ideas, contribuyendo grandemente al desarrollo del espíritu humano.

Apenas fué conocido ese invento, cuando los doctores de la Sorbona llamaron á París, en 1460, á tres impresores que habían trabajado en casa de Fust, el socio de Gutenberg, estableciéndolos en un local del colegio y protegiéndolos contra la superstición del pueblo, que los acusaba de brujería. También Luis XI facilitó los progresos de esa industria, que en pocos años extendió profusamente las obras de todos los literatos y sabios.

Esa invención coincidió por fortuna con el Renaci-

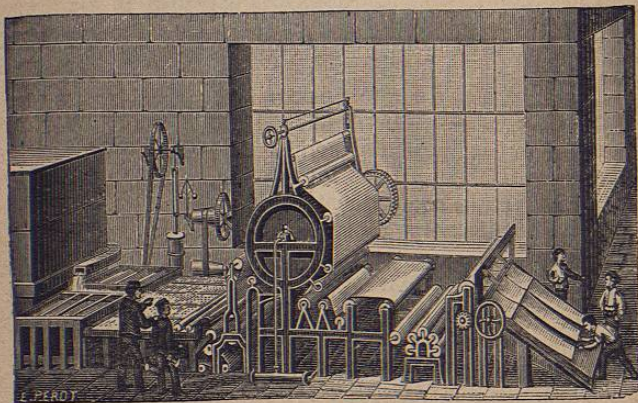


miento y aumentó mucho su actividad. La llegada de los griegos á Italia había favorecido en esa región el



Prensa de imprimir.

impulso que Petrarca diera antes á los espíritus, y en todas partes se aplicaron á reproducir y multiplicar



Fabricación del papel.

los obras de los griegos y de los latinos. Luis XII llevó á Francia al volver de la guerra de Italia gran can-

tividad de libros, y tomó á su servicio á Paulo Emilio, Alejandro y Juan Lascaris, gloria de la corte de los Médicis. Esos sabios se ocupaban particularmente en la busca y corrección de manuscritos. Esa era la época en que las famosísimas familias de los Badius y de los Estienne, tan célebres en la historia de la tipografía, establecieron sus prensas en París, distinguiéndose por lo correcto y suntuoso de sus ediciones.

Los Aldos fueron en Italia lo que los Estienne en Francia. Aldo Manucio se estableció en Venecia y publicó ediciones *princeps* de Museo y de Aristóteles, y tuvo la idea de fundir un tipo imitado, según parece, de la letra de Petrarca, que empleó por primera vez en la impresión de su Virgilio, que vió la luz en 1501. Ese tipo, llamado durante mucho tiempo *aldino*, recibe hoy en algunos países el de *italico*.

Este arte llegó á su pleno florecimiento desde el siglo décimosexto. Por entonces se hacia una tirada de veinte y cuatro mil ejemplares de los *Coloquios* de Erasmo, y Francisco I fundó en Francia la Imprenta real.

§ II. — *Las artes y las letras en Italia : Brunelleschi ; Maquiavelo, Ariosto, el Taso ; las escuelas italianas ; Leonardo de Vinci, Rafael, Miguel Ángel.*

De la literatura italiana en el siglo quince.

— En el siglo xv, Italia se encuentra al frente del movimiento intelectual de Europa. Los griegos desterrados se retiraron á su seno, después de la toma de Constantinopla, y la enriquecieron con los numerosos manuscritos que dejaron sus poetas y sus historiadores. Esas obras maestras de la antigüedad fueron acogidas con entusiasmo, y el mundo se apasionó por cuanto era griego ó latino. Los soberanos pontífices alentaron con su protección ese gusto por las antiguas literaturas, y se vió á Nicolás V y Pío II ocupar puesto distinguido entre los eruditos. Todos los soberanos de Italia imitaron ese hermoso ejemplo. Los Visconti y los Sforza en Milán, por más que fuesen dados á la guerra, ofrecían á los literatos las más señaladas recompensas para hacerlos permanecer en su

sociedad. Los Gonzaga, de Mantua, y los Este, de Ferrara, querían hacer olvidar su escasa influencia política por el brillo que las artes y las ciencias difundían sobre su corte. En Florencia, los Médicis daban asilo en su espléndido palacio á los poetas y los literatos distinguidos, transformaban su jardín en una academia y empleaban los establecimientos que poseían de un extremo á otro de Europa tanto en comprar manuscritos como en vender mercancías. Por último, Alfonso V elegía todos sus amigos, secretarios y consejeros entre los escritores de mérito. Su deleite consistía en competir con ellos, tanto por lo tocante á la gracia como á la delicadeza del gusto literario.

Esa afición á la antigüedad, favorecida por los príncipes según se ha dicho, llegó á ser la pasión de la multitud. Así es que siempre había gentes que recorrían Europa en todos sentidos, penetrando en los monasterios para buscar algunos manuscritos nuevos. Y cuando se descubría algún autor griego ó latino ignorado hasta entonces, se multiplicaban los ejemplares de sus libros por medio de la imprenta, y se apresuraban á traducirlo con notas y comentarios. Si se poseían diferentes ejemplares del mismo libro, se les comparaba unos con otros minuciosamente. Una buena edición de un autor clásico bastaba para dar fama y dinero á un autor. Los profesores se limitaban á explicar y comentar los textos; sus lecciones no eran de ordinario sino una lectura seguida *frase á frase* pero ese *frase á frase* era acogido con entusiasmo, viéndoseles, llenos de entusiasmo por el autor admirado, presentarse en público hasta cinco veces al día y en ocasiones hasta en ciudades diferentes.

Un discípulo del anciano Petrarca, Juan de Rávena, y el griego Manuel Chrysoloras, fueron los dos filólogos que adquirieron más celebridad en ese siglo de erudición. Ambos formaron escuela y tuvieron discípulos que los igualaron en importancia. Bastará citar, entre otros muchos, á Leonardo Bruno de Arezzo, más generalmente llamado Leonardo Aretino (1369-1444), que fué secretario apostólico de cuatro papas, canceller de la república de Florencia, y el hombre más

amable y benévolo de la época. Su obra principal fué una historia florentina hasta 1404. También citaremos á Poggio Bracciolini, continuador del Aretino, y que desempeñó, como éste, las más altas dignidades.

Tanta emulación debía excitar necesariamente rivalidades muy vivas y engendrar apasionadas disputas. Los profesores se lanzaban á menudo retos, y la multitud acudía á esos torneos literarios como en otra edad á los juegos del circo. Aun era más frecuente que los ataques hechos en las disertaciones críticas, degenerasen en injurias. Francisco Filelfo y Lorenzo Valla son célebres por el fuego con que se lanzaban á esas luchas.

Ese delirio de erudición detuvo por algún tiempo el vuelo de la lengua y literatura italianas; pero, en último resultado, fué útil á ambas. Esos trabajos filológicos y de pura discusión difundieron por el país suma de conocimientos que le sirvió para dar más adelante á sus concepciones fuerza y vigor que nunca hubieran tenido sin el concurso de tan feliz auxiliar. Dante y Petrarca se habían elevado á la riqueza de ideas necesaria al escritor por la fuerza de su genio, pero el conjunto de la nación necesitaba extraño apoyo para llegar á tal altura.

Por eso es que, cuando la poesía italiana tentó de reanimarse bajo los auspicios de Lorenzo de Médicis (1448-1492), se notó en sus primeros ensayos algo que hacía presentir sus futuros triunfos. Lorenzo de Médicis hubiera querido hallarla en el punto mismo donde Petrarca la dejara; pero como ya hacía más de un siglo que descansaba, la halló menos suave, menos tierna, menos armoniosa que en los suspiros ardientes del cantor de Laura. Policiano, que Lorenzo alojaba en su palacio, y que á los trece y diez y siete años hacía epigramas latinos y griegos con asombro de sus maestros, la enriqueció con variadas y encantadoras imágenes, y le dió aptitud para el género épico y el dramático en el poema en que celebra la gloria de los Médicis y en su tragedia de *Orfeo*. Entonces la imaginación sobrecitada se lanzó á contar las novelescas aventuras de la caballería, surgiendo en Pulci y Boyardo los precursores de Ariosto, que debía ser una de las grandes glorias del siglo de León X.

La literatura italiana en el siglo xvi. — El siglo décimosexto, el siglo de León X, fué la edad de oro de la literatura italiana. La antigüedad, estudiada profundamente con verdadero entusiasmo en el siglo anterior, fué entonces imitada y, si se permite la frase, resucitada por poetas y prosistas latinos que recordaban los buenos tiempos de Augusto. Pedro Bembo, secretario de León X, no hablaba más que con palabras y frases de Cicerón; Sadolet se había convertido en sus odas en eco de Horacio; Vida, después de trazar en versos graciosos y esmaltados de las más lindas flores los deberes del poeta y las reglas de la poesía, sembraba su *Cristiada* de bellezas de primer orden, que hicieron compararlo á Virgilio; Paulo Jove escribía la historia de su tiempo en el estilo de Tito Livio, aunque sin igualar la pureza y elegancia de su modelo; César Baronio hacía en sus *Anales eclesiásticos* gala de su vastísima ciencia para responder á los centuriadores de Magdeburgo; y Bellarmino componía con notable claridad de estilo sus controversias, en las cuales pulverizaba todos los minuciosos sofismas del partido protestante. Pero esos no son más que los monumentos con que entonces se engalanó la literatura latina, llamada literatura erudita, porque sólo las gentes instruídas podían comprenderla.

Enriquecida y fortificada por ese profundo estudio de todas las maravillas de Roma y de Atenas, la lengua italiana se puso al mismo tiempo á producir las más admirables obras maestras en todos los géneros. La epopeya novelesca, cuyos primeros ensayos hemos señalado en el siglo xv, alcanza de pronto su grado más alto de perfección con la pluma de Ariosto, en su *Orlando Furioso*.

Ariosto. — Ariosto nació en Reggio de Módena, el 8 de septiembre de 1474. Era el mayor de diez hermanos, y desde muy pronto manifestó su talento para la poesía; muy joven aún, ya se entretenía en escribir obras teatrales y en representarlas con sus amigos. Su padre quería consagrarlo al foro, única carrera que entonces llevaba á la gloria y la fortuna, pero el joven Ariosto renunció á ella para entregarse por completo al estudio de las bellas letras. Sus primeros ensayos

literarios fueron dos comedias, la *Casaria* ó la *Labradora*, é *I suppositi*, los Nombres supuestos. El cardenal Hipólito de Este, hijo del duque Hércules I, lo protegió á partir de entonces, tomándolo á su servicio en calidad de gentilhombre.

Al morir el duque Hércules, su heredero Alfonso hizo de Ariosto su hombre de confianza, y lo encargó de varias misiones importantes. En medio de los cuidados que exigían esos empleos fué como compuso su poema *Orlando furioso*, en el cual trabajó más de diez años, empezando á imprimirlo en 1513. El asunto de esa epopeya es la gran lucha de los cristianos contra los sarracenos; comprende todo el período histórico que abraza el reinado de Carlomagno, y que termina en el año 778, época en la cual D. Roldán fué muerto en Roncesvalles. Esos acontecimientos eran susceptibles de dar origen á magnífica epopeya. Dícese que cuando el escritor hubo elegido tema, el cardenal Bembo, su amigo, le aconsejó que escribiera en la lengua de Virgilio, á lo cual Ariosto respondió que prefería ser el primero entre los poetas toscanos más bien que el segundo entre los latinos. Probablemente la misma idea fué la que lo llevó á componer una epopeya novelesca en vez de un poema análogo á la *Iliada* ó la *Eneida*. Camilo Pellegrino lo supone así, pues en su *Diálogo sobre la poesía épica* le hace decir: «Haré una novela, pero me elevaré á tales alturas, por mi asunto y mi estilo, que ningún otro poeta podrá proponerse serme superior, ni aun igualarme en una obra de la misma clase que la mía.»

Sea lo que fuere acerca de la exactitud de esos relatos, es indudable que Ariosto ocupa el primer puesto en la epopeya novelesca; en efecto, ningún poeta le ha igualado en ese género, en que la imaginación necesita mucha más lozanía que en la epopeya puramente heroica. No ha habido autor que haya mezclado con más habilidad lo serio y lo jocoso, lo agradable y lo terrible, lo familiar y lo sublime. Ninguno ha hecho moverse al mismo tiempo tan gran número de personajes, ni sostenido tantas acciones diversas, todas encaminadas al mismo fin. Ninguno ha sido tampoco más poético en su estilo, más fiel en la pintura de caracteres y de

costumbres, más exacto, más animado, ni más vigoroso.

El Taso. — Torcuato Taso fué su único rival. Nació éste en Sorrento el 11 de marzo de 1544. Su padre, Bernardo Taso, había sido poeta distinguido. Mezclado en las luchas políticas que entonces dividían los espíritus, fué expulsado de su país, consagrándose en el destierro á la educación de su hijo. Torcuato Taso admiró el *Orlando furioso* de Ariosto con el mismo entusiasmo que todos sus contemporáneos y se propuso imitarlo, publicando su *Renaldo*, que dió principio á su reputación; ésta llegó á su apogeo con la *Jerusalén libertada*. El espíritu público se preocupaba de la lucha contra el islamismo, y al cantar las cruzadas se tocaba á un asunto cuyo interés no se había extinguido todavía. El Taso tomó como modelo la Iliada, ó si se quiere, la antigua epopeya. Voltaire lo declara superior á Homero; pero sin caer en tales exageraciones, se puede admirar lo extenso y magnífico de la acción, la facilidad con que la ha encerrado en tan estrechos límites, la riqueza de los episodios, la abundancia y variedad de los relatos, la fuerza y vigor de carácter de los personajes. ¿Quién ha olvidado la prudencia de Godofredo, la generosidad de Tancredo, el indomable carácter de Argante, el valor irreflexivo de Renaldo? ¿Quién no ha llorado ante la muerte de Clorinda? ¿Qué corazón permanece inaccesible á la seducción que ejerce Armida? Los detalles más exactos están unidos con tal destreza á los prodigios y las aventuras, que á menudo se cree uno todavía en el terreno de la verdad, cuando ya se nada en plena fantasía. Á la voz del poeta, vense acudir los espíritus invisibles, motores de los cielos y del infierno; desde el trono del Eterno hasta las moradas de la sombra, todo se pone en movimiento para favorecer ó detener el triunfo de los cruzados. Esos medios sobrenaturales, que difunden misteriosos colores sobre toda la obra, no están fuera de lugar en un asunto cristiano. El efecto que de ello resulta es imponente; y esa intervención de las potencias celestes é infernales no chocaba con las creencias religiosas del siglo décimosexto.

Maquiavelo. — Ariosto y el Taso fueron los

grandes poetas de ese siglo, edad de oro de la literatura italiana; Guicciardini y Maquiavelo los más célebres prosistas.

Guicciardini escribió la historia de Italia, del año 1470 á 1534, limitándose á narrar los acontecimientos que presenció y en que á veces fué también actor. Sabe pintar con exactitud el carácter de los hombres célebres de su tiempo, pone de relieve sus pasiones y sus intereses y hace ver el origen de todas las disensiones que entonces existían entre las diversas potencias de Europa.

Maquiavelo, natural de Florencia, vió la luz el 3 de mayo de 1460; distinguióse sobre todo por su *Historia florentina* y su libro del *Príncipe*. En el primero alcanza la energía y la concisión de Tácito, mostrándose al mismo tiempo historiador y filósofo, y arrojando sobre los acontecimientos maravillosa luz, pues supo indicar siempre sus causas y efectos.

Su obra *El príncipe* es tristemente célebre. Irritado por las injusticias de que había sido víctima, Maquiavelo se abandonó á su tendencia recelosa y casi salvaje. En una de sus embajadas había visto de cerca la infame política de César Borgia, y aprendió en ese príncipe cuánto partido puede sacar la ambición de la perfidia y la crueldad. Así fué que enumeró en su obra los medios que puede emplear la tiranía para someter los pueblos á servidumbre, pintando la perversidad humana en términos que hacen estremecerse de horror. No creemos sin embargo que su intento fuera inducir á los soberanos á tomar por guía aquella detestable política, al revelarles los recursos de que disponen, pues á la vez que pone de manifiesto la astucia de los reyes, excita la energía de los pueblos para librarse de sus opresores. Lo probable es que su objeto fué retratar á los personajes en cuya intimidad vivió, y pintar al desnudo la sociedad italiana del siglo xv; pero no por eso es menos peligroso su libro, toda vez que tiende á erigir en teoría la conducta abominable de ciertos individuos, y á transformar sus crímenes en máximas generales que todo soberano puede practicar.

Los escritos de Maquiavelo encantan el espíritu por

su forma brillante y armoniosa, tanto como entristecen el corazón por el abyecto sensualismo que los degrada. Italia comprendía que era deudora de su independencia y libertad á los sumos pontífices, y sobre todo que necesitaba de la protección de éstos para conservar aquellos beneficios. Así fué que, dejando á un lado ciertas excepciones de escasa importancia, no tuvo más que una voz para rechazar la reforma, y defender á Roma contra los ataques del protestantismo.

Sin embargo, á la vez que combatía el error, no dejó de impregnarse de su espíritu é inclinaciones sensuales. Todos los autores italianos que entonces se ocuparon en la filosofía hicieron concebir sospechas acerca de la sinceridad de su fe. Pomponacio vió quemado en Venecia su *Tratado sobre la inmortalidad del alma* y, no obstante sus defensores y apologías, mereció que se le acusara á la vez de materialismo y ateísmo. Telezio cuyos libros fueron puestos en el *Indice* apenas vieron la luz, fué el padre de la doctrina sensualista explotada por los filósofos del siglo XVIII. Jerónimo Cardán mostró independencia y temeridad aun mayores y Jordán Bruno se hizo quemar vivo en 1600 por haber enseñado con tenacidad el panteísmo y todos los errores que acompañan á ese detestable sistema.

Las composiciones literarias que hemos admirado como obras de arte eran generalmente irreligiosas ó inmorales. La sátira era alegre y graciosa, pero toda la sal de sus bromas se extendía sobre las cosas santas: Molza cantaba la dicha de los excomulgados; Ariosto y Maquiavelo se entregaban en sus desvergonzadas comedias á toda la impudicia de sus impuras imaginaciones, y de ahí se bajó con el Aretino hasta el fango más inmundado.

De las artes. Brunelleschi. — Las artes brillaron al mismo tiempo con el más deslumbrador brillo y se hallaron sometidas á las mismas influencias que las letras. La arquitectura, la escultura y la pintura se inspiraron en las obras maestras de Grecia y de Roma, teniendo también así su *renacimiento*. El estilo gótico que distingue las grandes catedrales de occidente en

la edad media, no había alcanzado la misma boga en Italia. En Roma no hay más que una iglesia, la de la Minerva, que pertenezca al estilo ogival. Pero aunque se han mantenido generalmente las tradiciones antiguas, se habían perdido de vista los órdenes griegos, de armoniosas proporciones. El florentino Brunelleschi fué quien los puso de moda otra vez.

Nació en 1375 y murió en 1444; construyó el palacio Pitti, y lanzó á los aires la magnífica cúpula de la catedral de Florencia, que inspiró á Miguel Ángel la de San Pedro, construída un siglo más tarde.

El año mismo de su muerte nació en Monte Astraldo, á cuatro millas de Urbino, Bramante, que elevó ese nuevo género á su perfección. Débesele el suntuoso edificio que une el Belvédere con el Vaticano, y recibió encargo del papa Julio II para trazar el plano de la inmensa basílica de San Pedro. Estableció en efecto sus cimientos en 1512 y legó su obra á Miguel Ángel, quien tuvo á gloria el continuarla.

Miguel Ángel fué al mismo tiempo arquitecto, escultor y pintor.

Florencia, llena de lustre por los monumentos que en ella construyera Brunelleschi, se gloriaba al mismo tiempo de los hábiles escultores que habían sacudido el yugo del arte bizantino para crear el estilo italiano, que logró reproducir con mayor exactitud las formas naturales. Andrés y Nicolás de Pisa fueron los primeros en seguir ese camino, haciéndose famosos por sus púlpitos de Pisa y de Siena y el sepulcro de Santo Domingo en Bolonia.

Lorenzo Ghiberti los sobrepujo con las dos puertas de bronce que hizo para el bautisterio de Florencia, y que Miguel Ángel declaraba dignas de ser colocadas en la entrada del paraíso.

Donatello fundó la escuela florentina de que Andrés Vecocchio y Alejandro Leopardi debían ser los representantes más ilustres; su obra maestra es la estatua de San Marcos, tan llena de verdad y de vida que, al contemplarla, Miguel Ángel exclamaba con entusiasmo: «¿Por qué no hablas, Marcos?»

De la pintura. — La escultura llegó hasta donde alcanzaran los antiguos, pero Italia superó á Grecia

en la pintura. El impulso dado por Giotto originó en el siglo xiv multitud de artistas que se gloriaban de llamarse sus discípulos. Esos se esforzaron lo mismo que su maestro en reproducir la naturaleza, pero su principal tarea consiste en idealizar las concepciones del mayor de los poetas italianos, Dante. En el campo santo de Pisa y en la iglesia Santa María Novella de Florencia se pueden ver las ideas que la Divina Comedia suministró á aquellos artistas.

En el siglo xv se individualiza el estilo, perfeccionándose la anatomía y el dibujo. Nótase menos idealismo en la concepción; la realidad triunfa, pero el color carece de fuerza. Cada artista posee su carácter y cualidades propias. Admírase en Angélico la suavidad y lo profundo del sentimiento religioso, en el Ghirlandajo el poder y energía de composición, en Paolo Uccello la ciencia. Pero la escuela florentina no llegó á su apogeo hasta fines de ese siglo y principios del siguiente. Los dos grandes genios de la época son Leonardo de Vinci y Miguel Ángel.

Leonardo de Vinci. — Leonardo fué, lo mismo que Miguel Ángel, pintor, escultor y arquitecto, cultivando además la poesía y la música. Nació en el castillo de Vinci, cerca de Florencia, en 1452.

Sus trabajos como arquitecto consisten en los canales que trazó en la alta Italia y en la fortificación de las principales ciudades del Milanesado. Pasó la mayor parte de su vida en Milán, donde fué protegido por Ludovico Sforza y por Luis XII de Francia; más tarde fué á Roma, recibiendo allá los plácemes y muestras de benevolencia de León X, y acabó por marchar á Francia, en cuyo país murió en el castillo de Amboise, entre los brazos de Francisco I, que lo había llamado para ponerlo al frente de la escuela francesa.

Como escultor dejó magníficos caballos en relieve, un hermoso modelo de Jesucristo en su juventud, y emprendió además una estatua ecuestre colosal de Sforza. Su talento de invención se distinguió por la creación de las máquinas automáticas, que prueban cuán alto hubiese llegado, de consagrarse á la mecánica.

Pero lo principal de su fama proviene de sus trabajos

pictóricos. Su obra maestra es la *Santa Cena*, que pintó al fresco sobre las paredes de un convento de los dominicanos en *Santa Maria delle Grazie* de Milán. Francisco I quiso, después de la batalla de Mariñan, hacer arrancar ese fresco y mandarlo á Francia, pero no fué posible separarlo de la pared en que estaba pintado. Durante las guerras de la república francesa ese convento fué transformado en cuartel, convirtiéndose en cuadra el refectorio donde se halla tan magnífica pintura. El general Bonaparte había ordenado en 1796 que se respetase esa obra maestra, y que no volvieran á alojar soldados en aquel convento; pero las exigencias del servicio fueron mayores que el respeto al arte, y con todas esas profanaciones ha sufrido mucho la joya debida al pincel de Leonardo. Ese gran pintor prestó inmensos servicios al arte, pero no alcanzó el grado de influjo que Miguel Ángel.

Miguel Ángel. — Miguel Ángel es un genio incomparable. Poeta en sus momentos de ocio, compuso gran número de sonetos dignos en su mayor parte de la pluma de Petrarca. Era hábil ingeniero, que fortificó á Florencia, y se encargó de su defensa durante un año. Por último, fué arquitecto, pintor y escultor.

Nació en el castillo de Caprezzo, en el territorio de Arezzo, el 6 de marzo de 1474; su familia quería alejarlo de la carrera artística, que consideraba indigna de sus títulos de nobleza; pero la vocación del joven venció todas esas rastreras ideas, y durante su vida, Miguel Ángel no tuvo más pasión que la del arte.

Había estudiado la naturaleza, diseccionando como un médico el cuerpo humano, para darse cuenta del efecto de los músculos, de los nervios y de la sangre en una actitud dada. Unió la fuerza á la exactitud, y todas sus obras fueron concebidas en colosales proporciones, con energía sobrehumana que lo ha hecho apellidar Titán de la escultura y de la pintura. Sus estatuas son gigantescas, y presentan el poder de expresión que atribuímos á los personajes de los tiempos hebraicos. En Florencia se admiran las estatuas del *Pensiero*, de la *Aurora*, del *Día* y de la *Noche*, que adornan las tumbas de los Médicis; pero su obra